



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: De Karl Marx al Banco Mundial: el subdesarrollo de la teoría del desarrollo

Autor: Bagú, Claudio

Forma sugerida de citar: Bagú, C. (1997). De Karl Marx al Banco Mundial: el subdesarrollo de la teoría del desarrollo. *Cuadernos Americanos*, 3(63), 145-183.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año XI, núm. 63, (mayo-junio de 1997).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

✓ **Atribución:** usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

✓ **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

✓ **Sin derivados:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

DE KARL MARX AL BANCO MUNDIAL: EL SUBDESARROLLO DE LA TEORÍA DEL DESARROLLO*

Por Claudio BAGÚ
DEPARTAMENTO DE ECONOMÍA,
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
METROPOLITANA, MÉXICO

Lo que necesitamos es una ciencia del hombre (como no hay ser humano sino en lo social, la ciencia de lo social es la del hombre) que tienda hacia una visión unificada del hombre y su sociedad, cuyas especializaciones respondan a una necesidad metodológica y no a una escisión insalvable del universo del conocimiento; que se despoje de todos los fantasmas mecanicistas, teológicos y metafísicos, pero que no se sienta forzada a recaer en un fatalismo tecnologista llamando estructuras a lo que antes se llamaba Jehová, sino que se empeñe en explicar lo humano como fenómeno precisamente humano, incorporando a su lógica la realidad de la opción y aceptando la enorme complejidad que la opción agrega a todos los procesos sociales.

Sergio Bagú, *Tiempo, realidad social y conocimiento*

HABLAR SOBRE LA TEORÍA DEL DESARROLLO es hablar sobre la historia de la humanidad: el primer problema que se plantea es centrar y acotar adecuadamente el tema de discusión. Desde las cosmogonías asirias hasta los modelos de crecimiento económico con expectativas racionales, de una manera u otra todas son formulaciones que, eventualmente, pueden ser puestas bajo el denominador común de “teorías del desarrollo”.

* Se agradecen los comentarios de un dictaminador anónimo, quien es ajeno a la permanencia de errores y omisiones sólo atribuibles al autor.

Tiempo, realidad social y conocimiento

DE diversas maneras, el concepto de desarrollo se liga con los de movimiento, evolución y progreso. Su incorporación sistemática al pensamiento teórico es producto típico del siglo XIX europeo. Hegel hizo de esta noción que involucra cambio perpetuo —en un sentido progresivo— una categoría central de su pensamiento. La diferencia que introdujo respecto de Aristóteles es que, mientras el Estagirita se refería restrictivamente al cambio físico, el de Stuttgart extendió la noción para abarcar también los cambios en la historia.¹

Estos cambios, sin embargo, obedecen a leyes de carácter finalista, providencialista y sustancialista.²

Contra este modelo idealista y fatalista, su discípulo Karl Marx propuso una alternativa basada en la propia dialéctica hegeliana que, además, distinguía cinco grandes etapas en el devenir de la humanidad. En 1848, Engels y Marx postulan en el *Manifiesto Comunista* la existencia de un proceso de lucha de clases —oposición de contrarios en el ámbito humano— como el mecanismo fundamental que permite explicar la transición social a través de etapas sucesivas. Esta idea central vuelve a repetirse, más elaborada y detallada, en el “Prólogo” de la *Contribución a la crítica de la economía política*, que se publica en 1859, el mismo año en que ve la luz *El origen de las especies*, de Charles Darwin —el otro gran pionero del evolucionismo europeo—, cuatro años después de los *Principios de psicología*, de Herbert Spencer, y dos años después del ensayo sobre el progreso, de este mismo autor, obras en donde se mencionan expresamente los principios de la evolución universal en un contexto de síntesis de las diferentes ciencias (Spencer fue, sin duda, un precursor de la moderna teoría de sistemas). Por otra parte, Auguste Comte había publicado ya su *Curso de filosofía positiva* en 1842 y su *Sistema de política positiva* en 1854, en donde plantea una teoría evolucionista del conocimiento y llega a proponer una nueva religión social en donde el Dios inmutable fuese reemplazado por el progreso humano.

Son precisamente Comte, Spencer, Darwin y Marx quienes revolucionan el pensamiento científico de su época, tanto en las ciencias naturales como en las sociales, al introducir como principio fundamental del análisis científico el análisis del cambio. Hasta enton-

¹ G. W. F. Hegel, *Fenomenología del espíritu*, México, FCE, 1966.

² Nicola Abbagnano, *Diccionario de filosofía*, México, FCE, 1974.

ces, sin que la noción de cambio fuera totalmente extraña al quehacer teórico, había predominado tanto en la biología como en la filosofía la búsqueda de explicaciones basadas en el “ser” de Parménides más que en el “devenir” de Heráclito. La idea de la evolución como fundamento de la explicación en ciencias sociales dominó el pensamiento europeo y norteamericano en la segunda mitad del siglo XIX. No podemos extendernos sobre esta línea de análisis, pero mencionaremos que el antropólogo estadounidense Lewis H. Morgan publicó *La sociedad primitiva* en 1877, con señalamientos claramente evolucionistas, obra que luego servirá de fundamento a *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, de Friedrich Engels, publicada en 1884.

Por su parte, las ciencias físicas —incluyendo la astronomía— están sólidamente basadas desde sus orígenes en la noción de movimiento, desde que Galileo Galilei publicara *El mensajero de las estrellas*, en 1610, y el más famoso *Diálogo sobre los dos máximos sistemas del mundo*, en 1632, e Isaac Newton hiciera lo propio con sus *Principios matemáticos de la filosofía natural*, en 1687.

El cálculo infinitesimal, introducido simultáneamente por Leibniz y Newton, es la herramienta matemática que permite expresar el fenómeno del movimiento o del cambio de estado de la materia —o de cualquier variable— y así facilitar el análisis e interpretación de su dinámica. Por esta razón, Marx se interesó en el estudio de la estadística y del cálculo diferencial ya en los últimos años de su vida, aunque su precaria formación en matemáticas le impidió llegar a dominar completamente estos instrumentos. No obstante, Marx es pionero entre los economistas políticos en la introducción de fórmulas y esquemas matemáticos, cuando define con toda precisión los conceptos de tasa de plusvalor y de composición orgánica del capital y cuando trata la reproducción ampliada y el problema de la transformación de valores en precios.

En síntesis, virtualmente todas las ciencias conocidas en Europa y Estados Unidos en la segunda mitad del siglo XIX están basadas en conceptos como cambio, evolución, movimiento, transformación. Ello es consustancial con el principio científico de que sólo se genera información cuando existe un cambio de estado en el objeto de estudio. Sin el análisis del movimiento, sin cambios de estado con referencia al tiempo, no es posible generar ninguna teoría científica y, por ello, no es casual que el estudio contemporáneo de la física, ciencia paradigmática del siglo XIX, comience con el estudio de los postulados de Newton referentes, precisamente, al movimiento de los cuerpos sólidos.

Frente a estos antecedentes en el contexto del pensamiento científico, la teoría económica se distingue como el reino de la quietud, el universo de lo inmutable donde el único movimiento que se aprecia es el de retorno a la preocupación por el "ser" en lugar del mucho más complejo "devenir". La filosofía que sienta Adam Smith —y que ni Ricardo ni John Stuart Mill alteran en este aspecto— parte del supuesto de existencia de un ser racional —es decir, optimizador—, ser que es también de naturaleza universal e inmutable. La sociedad que describe Smith, donde una mano mágica establece convenientes equilibrios, es la sociedad escocesa preindustrial del siglo XVIII. Sólo Marx y, en alguna medida, Thomas R. Malthus, introducen una preocupación sistemática por el devenir y sus repercusiones en la economía y entre los hombres. Esta ahistoricidad, esta necesidad de congelar el transcurso del tiempo para concentrar los esfuerzos sólo en el presente —y en una sociedad que dista mucho de ser universal— fue también el mecanismo analítico que utilizó Marshall, así como Keynes, su discípulo. "En el largo plazo estaremos todos muertos", es la famosa réplica que acuñó este último cuando se le cuestionó por el cortoplacismo de su enfoque. La ortodoxia contemporánea no ha propuesto, tampoco, ningún cambio en esta materia.

De esta manera, el legado de la teoría económica se presenta como un anacronismo en el contexto del pensamiento científico universal, social y no social. Su consecuencia más obvia es que la aplicación de las modernas técnicas estadísticas y econométricas de estimación y pronóstico no están capacitadas para resolver la pregunta fundamental: ¿cómo y por qué se producen los cambios observables en la economía y en la sociedad? En el mejor de los casos, se pueden obtener proyecciones a corto plazo de alguna utilidad, pero el análisis causal sigue siendo el gran ausente.

Se reinicia la discusión

EXISTE cierta coincidencia entre los autores en cuanto a señalar que la necesidad de sistematizar el pensamiento sobre el tema se acentúa a partir de la segunda posguerra de este siglo, a instancias de las Naciones Unidas, enfrentada al problema de reconstruir Europa y preservar, hasta donde fuera posible, la paz mundial. Ya en los primeros documentos de esta organización y en su carta constitutiva se señala el vínculo íntimo que se cree existe entre el mantenimiento de la paz, por un lado, y el desarrollo económico con

justicia social, por otro. Pero será sólo con el otorgamiento de los Premios Nobel de Economía a Simon Kuznets en 1971, a Gunnar Myrdal en 1974 y a W. Arthur Lewis en 1979, que el tema del desarrollo económico adquiere reconocimiento oficial en los círculos académicos y políticos europeos y norteamericanos, aunque —como se verá más adelante—, la evolución del capitalismo y, particularmente, su caracterización para el grupo de países más pobres, fue tema de controversia en América Latina desde la primera mitad de este siglo, acentuándose particularmente durante la década de 1950. Sin embargo, a partir de la década de 1980, el predominio del enfoque neoliberal en el ámbito de la política económica de las principales economías del mundo, así como en numerosos países subdesarrollados, ha producido una suerte de letargo en el medio académico internacional —con honrosas excepciones— al grado que el tema virtualmente desaparece entre los premiados por el Banco de Suecia, con la excepción del caso de Robert M. Solow (1987), debido a sus contribuciones a la teoría del crecimiento desde una perspectiva neoclásica.

La coincidencia no es gratuita. El neoliberalismo rescata el pensamiento conservador en economía y sus modelos teóricos son esencialmente lineales y de estática comparativa, ya sea que se refieran a economías cerradas o abiertas.³ El pensamiento teórico sobre los problemas del desarrollo, en cambio —aun considerando sus numerosas vertientes y las fuertes polémicas sostenidas entre los diversos autores—, tiene como punto común de partida el cuestionamiento a la sabiduría convencional en teoría económica —identificada con el pensamiento neoclásico y, en ocasiones, aun con el keynesianismo— y se plantea, entre otras, la pregunta fundamental de si el cambio y la evolución desigual entre las múltiples sociedades del planeta pueden ser explicados suficientemente por la posición ortodoxa, que ya había sido cuestionada severamente por John Maynard Keynes con motivo de las limitaciones demostradas por esta teoría para prevenir la crisis de 1929 y, sobre todo, para enfrentar la gran depresión de los años siguientes.

La “teoría del desarrollo” no existe en realidad como un cuerpo orgánico de proposiciones y demostraciones respaldadas por suficiente y convincente evidencia empírica (la abundante evidencia empírica parece más bien contradecir todas las teorías formuladas

³ Para una revisión de los principales modelos de crecimiento desde una perspectiva ortodoxa, véase Jones 1975, Sen 1979 y Simpson 1983.

hasta ahora), pero es una expresión que sirve para agrupar desde el mero descontento por las insuficiencias de la teoría económica ortodoxa (Bagú 1990) hasta los enfoques interdisciplinarios y pluri-metodológicos que intentan subsanar propositivamente estas deficiencias y ayudar a formular desde nuevos enfoques puramente académicos hasta programas de acción gubernativa. Esta amplitud de horizontes es lo que ha hecho que Alec Cairncross, primer director del Instituto de Desarrollo Económico del Banco Mundial —fundado en 1955 precisamente para estudiar los problemas mencionados—, señalara que “el desarrollo, en sentido amplio, puede significar el reemplazo de una civilización por otra” (Cairncross 1992).

En toda revisión panorámica del pensamiento sobre los problemas del desarrollo contemporáneo, la referencia a los clásicos es inevitable, tal como lo hicieron en su momento Sunkel y Paz (1970), o trabajos más recientes (Palma 1981, Adelman 1984, Dasgupta 1988, Blomström y Hettne 1990). La siguiente etapa en el tratamiento del tema por lo general consiste en comentar la teoría del imperialismo y de la ampliación de mercados, revisando fundamentalmente los textos clásicos de John A. Hobson, Rosa Luxemburgo, Nicolai Bujarin y Vladimir I. Lenin, publicados entre 1902 y 1917. A éstos es necesario agregarle luego la abundante literatura más reciente sobre el tema, en donde figuran autores tales como Paolo Santi, Jacques Valier, Rodolfo Banfi, Hamza Alavi, Giovanni Arrighi, Nina S. Spiridonova, L. A. Cherkasova, Y. F. Avdakov, Fedor Y. Polianski, Samir Amin, Octavio Ianni, Alonso Aguilar, William Warren y otros.

Frente al desarrollo de la teoría del imperialismo, los economistas no marxistas comienzan a dibujar una serie de hipótesis basadas en el análisis ortodoxo, desde Rosenstein-Rodan (“el fuerte impulso”), hasta Walt W. Rostow (“las etapas del desarrollo”), pasando por Ragnar Nurkse (“el círculo vicioso de la pobreza”), W. Arthur Lewis (“oferta ilimitada de mano de obra”), Simon Kuznets (“el sesgo distributivo”), Nicholas Kaldor (“los hechos estilizados”), John Kenneth Galbraith (“la sociedad industrial”) y otros. Es importante señalar que, paralelamente a la difusión de los clásicos del imperialismo, se estaban publicando las obras de Joseph A. Schumpeter y Max Weber, con un enfoque historicista, y que veían críticamente las posiciones inspiradas tanto en la ortodoxia como en el marxismo. De hecho, Schumpeter es el reintrodutor del término “desarrollo”, en 1911, para referirse a la evolución desigual

de las sociedades modernas (Schumpeter 1957). De todos ellos, a los efectos de la discusión más reciente, destacan los trabajos de W. Arthur Lewis (1958) y Walt W. Rostow (1970), que permitían construir un cuadro relativamente optimista y continuo, rescatando la tradición del pensamiento positivista decimonónico. En el caso de Rostow, además, sus pretensiones iban más lejos, al subtitular su libro "un manifiesto no comunista". Esta última obra —publicada por primera vez en 1960— tuvo una gran difusión en los medios académicos anglosajones y latinoamericanos y permanece como referencia obligada, sobre todo en el primer ambiente. Por razones de brevedad, no nos detendremos en el análisis detallado de estos antecedentes que, por lo demás, han sido ya ampliamente tratados por muchos autores, para referirnos concretamente a la respuesta que se dio en América Latina a partir de la década de 1950, sus repercusiones y las alternativas más recientes.

El aporte latinoamericano

EN América Latina, el primer cuestionamiento severo al marco teórico empleado explícita o implícitamente hasta entonces por la mayoría de los gobiernos de la región provino de Raúl Prebisch y de un equipo interdisciplinario localizado en la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) (Bagú 1986, 1989a; Rodríguez 1980; Blomström y Hettne 1990; Gutiérrez G. 1995). El llamado Informe Prebisch (Prebisch 1962) data de 1950 y será la piedra angular de dos desprendimientos fundamentales: por un lado, el conjunto de estudios y documentos producidos por la CEPAL desde entonces hasta el Informe Rosenthal, en sus dos versiones (CEPAL 1990, 1992); por otro, los escritos e ideas de un conjunto heterogéneo de autores, casi todos latinoamericanos, que suelen agruparse bajo el denominador común de "teoría de la dependencia" y que reconocen en la obra de Cardoso y Faletto (1971) un momento culminante.

Las ideas de Prebisch son de fuerte raíz keynesiana y apuntan a criticar la teoría convencional del comercio internacional basada en las ventajas comparativas, según la cual los países "centrales" (nomenclatura introducida por Prebisch) debían especializarse en bienes industriales y los países "periféricos" serían proveedores de materias primas. En rigor, sin demeritar la relevancia del pensamiento de Prebisch, quien amplió y detalló personalmente muchos aspectos de esta teoría, habría que señalar que Prebisch, en realidad, encabezó un equipo interdisciplinario de economistas y científicos sociales de primer nivel que se agruparon en torno a la CEPAL,

entre quienes vale la pena mencionar al economista mexicano Juan F. Noyola y al politólogo español José Medina Echavarría (Prebisch fue también pionero en la conformación de equipos interdisciplinarios para buscar alternativas a la teoría económica convencional). Por otra parte, ideas similares fueron también expresadas en la misma época por otros destacados economistas, entre quienes resalta la figura de Hans Singer, por lo que, en ocasiones, algunos autores hacen referencia a las mismas con la denominación de "hipótesis Singer-Prebisch".

La discusión subsecuente se generalizó por toda América Latina y repercutió inclusive en Europa, donde el análisis de los patrones de desarrollo seguidos por los países de Asia, efectuado por Gunnar Myrdal (Myrdal 1957, 1968), planteó el doble problema de si el "desarrollo" era, por una parte, unilineal e imitativo y, por otra, si el problema era reducible a sólo "crecimiento", esto es, incremento del producto interno bruto. No es casual que Prebisch fuera a la sazón secretario ejecutivo de la CEPAL y que Myrdal lo fuera de la Comisión Económica para Europa: las urgencias ya señaladas de las Naciones Unidas habían encontrado respuesta en dos de sus hombres más destacados, lo que al europeo le valió el otorgamiento del Premio Nobel años más tarde.

La obra de Cardoso y Faletto data de 1969, pero ya había sido precedida por una intensa discusión en los ámbitos académicos de varios países sobre la vigencia de la teoría marxista de los "modos de producción", misma que se prolonga hasta fines de la década de 1970. Obra pionera de esta discusión fue *Economía de la sociedad colonial*, de Sergio Bagú, publicada originalmente en 1949 y que fuera reconocida por Andre Gunder Frank (1973) y por otros autores como señalamiento inicial y fuente de inspiración de sus trabajos. En Estados Unidos, Paul Baran había publicado su *Economía política del crecimiento* en 1957, y su influencia, junto con la de Paul Sweezy (1973), Leo Huberman, Harry S. Magdoff y diversos grupos de pensamiento heterodoxo (conocidos como *radicals* en los Estados Unidos) fue visible en América Latina durante la década de 1960, al lado de los neomarxistas franceses encabezados por Louis Althusser, Étienne Balibar y Nicos Poulantzas.

A comienzos de la década de 1960, pues, puede situarse, sin mayores dificultades, la generalización del debate acerca del alcance y aplicabilidad de las dos vertientes principales que representaban la sabiduría convencional del momento: por parte del *establishment*, la teoría keynesiana interpretada a la luz de la "síntesis neoclásica"

de Hicks-Samuelson, reforzada por la teoría de las ventajas comparativas en el comercio internacional y por la teoría rostowiana del desarrollo; por parte de la oposición de izquierda —con fuerza variable según los países— se argumentaba con base en la teoría marxista de la acumulación y la lucha de clases, matizada por la declaración del VI Congreso de la Internacional Comunista (COMINTERN) de 1928, en donde se establecía que, en los países coloniales y semicoloniales, la revolución proletaria debía seguir la línea antifeudal y antiimperialista, procurando la alianza con las burguesías nacionales progresistas a través de Frentes Populares (Degras 1960), con lo cual se identificaba al subdesarrollo con el feudalismo europeo y se pretendía aplicar literalmente las etapas señaladas en el *Manifiesto Comunista*, resultando que para alcanzar el socialismo era necesario promover primero la revolución burguesa (lo cual también evidenciaba una pobre lectura de las revoluciones proletarias en Rusia y China). Entre ambas posiciones, se movían diversas expresiones intermedias no muy elaboradas y en su mayoría difusas, que generalmente representaban el aspecto ideológico del populismo latinoamericano que dominó la escena durante las décadas de 1940 y 1950.

El análisis de los precios del comercio internacional entre Europa (principalmente Gran Bretaña) y América Latina permitió a Prebisch y a su equipo de la CEPAL demostrar que existía un considerable y consistente deterioro de los términos de intercambio entre exportadores de materias primas y exportadores de productos industriales elaborados. Esta estadística se prolongaba por más de cincuenta años comenzando desde fines del siglo pasado. Ello significaba una transferencia sistemática de recursos en términos reales vía comercio internacional, con lo cual se cuestionaba uno de los dos pilares de la teoría dominante —las ventajas comparativas— y, consecuentemente, la división internacional del trabajo comúnmente aceptada en los círculos europeos. El otro pilar —la “síntesis neoclásica” de Hicks-Samuelson— no fue cuestionado en su raíz, pero en cambio se matizó con el análisis de insumo-producto de Wassily Leontiev y la promoción de técnicas de planificación centralizada al estilo soviético (Bagú 1989b). Esta combinación le valió a Prebisch y a la CEPAL ser acusados de “caballo de Troya del marxismo” por la reacción conservadora (Palma 1981), cuando dominaba el macartismo en los Estados Unidos, al tiempo que este país escalaba sus tendencias militaristas y anticomunistas, con manifestaciones como la Guerra de Corea y la guerra fría.

Sin embargo, la combinación teórico-pragmática escogida respondía al momento histórico de América Latina, donde el populismo dominaba la escena política (Bagó 1986) y cuando, en algunos países, había experimentado importantes crecimientos de su producto industrial a raíz de las limitaciones impuestas durante e inmediatamente después de la Segunda Guerra. Con base en el análisis de indicadores de productividad relativa y de los ya mencionados términos de intercambio, la CEPAL diagnosticó que, en tanto la estructura de producción de los países centrales era *homogénea* y *diversificada*, la de los países periféricos era *heterogénea* y *especializada*. La homogeneidad se refería al hecho que las productividades sectoriales en los países centrales estaban concentradas alrededor de ciertos valores similares, en tanto que en la periferia las productividades sectoriales abarcaban un amplio espectro, vinculando con frecuencia a industrias modernas de alta productividad con sectores tradicionales o artesanales de baja productividad, lo cual dio pie a la noción de 'dualismo', que numerosos autores que seguían la línea comúnmente aceptada entonces utilizaban para describir la realidad latinoamericana y del Tercer Mundo (Lewis 1958; Furtado 1964). La especialización se refería al limitado catálogo de exportaciones, principalmente consistente en algunos productos primarios.

La heterogeneidad estructural conducía al desempleo y a una desigual distribución del ingreso, lo cual a su vez limitaba el mercado interno y, consecuentemente, empobrecía las arcas del Estado. Esta situación generaba un desequilibrio crónico en la balanza de pagos —dado el alto porcentaje de importaciones para el consumo, por la falta de industrias locales— y una tendencia inherente al endeudamiento. El proceso se agravaba por la persistencia en el deterioro de los términos de intercambio. La alternativa consistía en un proceso de industrialización en dos etapas —primero la industria liviana y luego la de bienes de capital—, recurriendo al expediente de una sustitución de importaciones gradual y condicionada. Por otra parte, el problema del comercio internacional sería enfrentado a través de la creación de instancias supranacionales y mediante la promoción del intercambio Sur-Sur y la integración regional.

La CEPAL tuvo gran influencia en los gobiernos de América Latina hasta 1973, momento del derrocamiento sangriento de Salvador Allende y la entronización violenta de los principios neoliberales, sustentados por lo general en dictaduras militares en casi todo el Cono Sur. En el orden internacional, la flotación del dólar —decretada unilateralmente por Estados Unidos en 1971— y la crisis de los petrodólares fortalecieron las posiciones monetaristas en

los órganos financieros internacionales y prepararon la escena para el advenimiento del neoconservadurismo reaganiano luego del breve *interregno* de James Carter. Sin embargo, el programa cepalino se cumplió en gran medida y fue a instancias de Raúl Prebisch que se crea la Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo (UNCTAD), órgano sin atribuciones reguladoras, a diferencia del GATT (hoy OMC), y sin capacidad financiera, a diferencia del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional.

El programa de sustitución de importaciones enfrentó numerosas dificultades. Tuvo la oposición interna de las oligarquías agroexportadoras y de sus alianzas con grupos militares. Las burguesías industriales, por su parte, demostraron ser menos nacionalistas de lo que se esperaba de ellas. Y, con excepción de Chile bajo el régimen de Allende, los gobiernos no impulsaron una reforma agraria profunda (aunque hubo algunos programas moderadamente reformistas), condición esencial para liberar mano de obra agrícola y capitalizar el campo, en tanto que el proteccionismo establecido para promover la sustitución de importaciones fue, en general, indiscriminado y sirvió para fortalecer una burguesía clientelar e ineficiente (Tavares 1980). Estados Unidos, por su parte, promovió —en tiempos del demócrata John F. Kennedy— la Alianza para el Progreso, como una forma de contener la creciente ideología autarquista y liberacionista en América Latina, reforzada y acelerada por la Revolución Cubana de 1959. El programa de la CEPAL debió enfrentar también la oposición del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial, que comenzaron a bloquear los préstamos hacia los países que implementaban, así fuera parcialmente, las reformas sugeridas por la CEPAL. En suma, tanto factores internos como internacionales se conjugaron para que el ambicioso y exigente programa de reformas impulsado por la CEPAL sólo se viera realizado en parte, con lo cual su eficiencia global disminuyó considerablemente. A ello habría que agregar algunos efectos secundarios derivados del empleo del instrumental keynesiano de análisis.

El programa cepalino de reformas excedió notablemente los márgenes habituales tolerados para un organismo multilateral y, por lo tanto, sujeto a normas de convivencia forzada. Más allá de las intenciones originales de sus promotores, se convirtió en un catalizador de la discusión a nivel continental y extracontinental, dando un notable impulso al pensamiento independiente y progresista latinoamericano.

La discusión

FRENTE al programa de la CEPAL se levantaron tres tipos diferentes de crítica: los provenientes del centro conservador, los de origen neomarxista y los de la izquierda ortodoxa. Las críticas conservadoras provinieron de círculos académicos europeos y norteamericanos, de los organismos financieros internacionales, así como de los grupos sociales afectados. Los monetaristas y neoclásicos pusieron el acento en la ausencia de mercados regulatorios, la falta de consideración de la oferta monetaria, el "error" de no considerar las ventajas comparativas y la excesiva promoción —a su juicio— de las funciones económicas del Estado, mientras Gottfried Haberler acusó a la CEPAL de no tomar en cuenta los ciclos económicos (Palma 1981) —acotemos que la teoría neoclásica tampoco tiene, hasta hoy, una explicación satisfactoria de la presencia de ciclos en la economía, debido a su naturaleza esencialmente estática, como apuntamos al principio. Como siempre, este tipo de crítica se centró en aspectos "puros", con prescindencia de aspectos políticos, pero en el fondo manifestaban los ecos de la controversia secular entre monetaristas y estructuralistas en el medio académico.

El neomarxismo latinoamericano se manifestó como una profundización más radical de las ideas originales de Prebisch y dio lugar a la "teoría de la dependencia", que agrupó a autores como Andre Gunder Frank, Theotónio dos Santos y Ruy Mauro Marini. Otros autores dependentistas que también participaron activamente en la discusión que tenía dimensiones continentales fueron Vania Bambirra, Aníbal Quijano, Julio Cotler, Orlando Caputo, Roberto Pizarro y Franz Hinkelammert. Con diferentes modalidades y acentos, y aun con algunas notables diferencias entre sí, este grupo de intelectuales planteó un panorama más radical, cuya alternativa sería la promoción del socialismo por la vía revolucionaria. Sus conclusiones principales pueden resumirse en los siguientes puntos: a) el subdesarrollo es inherente al patrón de acumulación seguido en la periferia y no constituye una etapa previa del desarrollo; b) este patrón de acumulación es "dependiente" de acciones y decisiones que se toman fuera de los límites nacionales; c) el capitalismo dependiente así generado tiende a reproducirse acentuando la dependencia del centro (Frank); d) las relaciones sociales internas se subordinan a las relaciones sociales internacionales; e) la transferencia de valor desde la periferia hacia el centro genera una situación de "superexplotación" de la fuerza de trabajo, de cuyos

beneficios participa también la clase proletaria del "centro" (Marini); f) los países dependientes más importantes tienden a reproducir un patrón "subimperialista" al interior de la periferia dependiente (Marini); g) las empresas transnacionales y el capital extranjero no significan un avance del capitalismo progresista sino la profundización de la dependencia (Dos Santos); h) las contradicciones internas del desarrollo dependiente generan tensiones que sólo pueden resolverse mediante regímenes fascistas o una revolución socialista (Dos Santos).

Los teóricos de la dependencia proponían profundizar los alcances de la crítica del desarrollo latinoamericano iniciada por Prebisch, incorporando elementos del marxismo que, a su vez, modificaron para adaptarlos a la realidad latinoamericana. Consecuentemente, recibieron las mismas críticas que los teóricos del desarrollismo reformista de la CEPAL, sólo que la polémica alcanzó tonos más ásperos. Hay coincidencia, en general, en reconocerle a los dependentistas al menos los siguientes méritos: a) rescataron la tradición del análisis de economía política —materialista, histórico y dialéctico— para investigar la realidad concreta latinoamericana, en oposición al dogmatismo manualista impulsado tanto por la derecha neoclásica como por la ortodoxia de izquierda; b) impulsaron la expectativa de una revolución socialista inmediata, en oposición a la propuesta de alianzas con las burguesías industriales nacionales; c) establecieron claramente que el subdesarrollo y el dualismo no son características transitorias de atraso relativo sino consecuencia del patrón de desarrollo seguido por los países dependientes.

Frente a los planteamientos, tanto de la CEPAL como de los dependentistas radicales, surgió un conjunto de voces más moderadas que, aun apoyando en lo general las ideas fundamentales, sostenían puntos de vista que combinaban la crítica a los modelos neoclásicos con la propuesta de salidas más negociadas, al tiempo que algunos (Stavenhagen, Cardoso, Faletto) recalcaban las aristas sociológicas y políticas para matizar una discusión que frecuentemente se expresaba en términos exclusivamente económicos. Entre estas voces más moderadas se incluyen los nombres de Fernando Henrique Cardoso, Enzo Faletto, Osvaldo Sunkel, Pedro Paz, Aníbal Pinto, Celso Furtado, Hélio Jaguaribe, Horacio Flores de la Peña, Marshall Wolfe y otros, casi todos vinculados a la órbita de la CEPAL, a las que se agregaron algunos intelectuales independientes, como Rodolfo Stavenhagen.

Osvaldo Sunkel, luego de publicar junto con Pedro Paz un estudio clásico sobre la vigencia de los enfoques teóricos convencionales y su aplicabilidad a la realidad latinoamericana (Sunkel y Paz 1970), se mantuvo en una línea más moderada e independiente, buscando encontrar una formulación que tuviera, a la vez, rigor teórico y viabilidad política, pero que se apartara de los planteamientos de la teoría convencional dominante. Este autor coincide con los anteriores en que el subdesarrollo es parte integral del proceso de desarrollo capitalista a escala mundial y que se manifiesta en una continua polarización no sólo entre centro y periferia, sino también al interior de las economías dependientes. De este modo, asume la internalización del proceso en forma expresa, más claramente que los cepalinos y los dependentistas radicales, quienes fueron extensamente criticados por ubicar el conflicto principal fuera de las fronteras nacionales. Ambas polarizaciones son parte de un sólo sistema. Sin embargo, la salida buscada por Sunkel será de tipo transicional y no revolucionaria y él será, más tarde, uno de los promotores principales de un replanteamiento de las posiciones cepalinas, conocido como "neoestructuralismo" (Sunkel 1991).

Sin duda, uno de los trabajos que más impacto produjo en el medio académico y político de los años setenta fue *Dependencia y desarrollo en América Latina* (Cardoso y Faletto 1971), originado en torno a las ideas de la CEPAL, pero ampliado a un contexto sociológico y político y con un explícito análisis del papel de las clases sociales. Su concepto de clases sociales, sin embargo, difería del enfoque marxista, con lo cual se provocaron fuertes polémicas que llegaron, en ocasiones, a tonos mayores, tanto por el lenguaje sociológico utilizado como por el enfoque heterodoxo. En síntesis, la propuesta de Cardoso y Faletto podría resumirse como sigue: a) coincide en considerar que el desarrollo de América Latina es un proceso compartido con los países centrales, aunque de forma desigual y dependiente; b) a diferencia del análisis de la CEPAL, Cardoso y Faletto sostienen que la dependencia sí generó procesos de industrialización en países y condiciones determinados, aunque guiados por los intereses del centro: esta característica sería la base para un camino intermedio de "desarrollo dependiente" con una base industrial; c) en América Latina existe unicidad pero también especificidad y es esto último lo que debe guiar los análisis y la formulación de políticas, sin caer en recetas universales; d) la dominación externa reaparece como un fenómeno internalizado en cada sociedad de manera distintiva.

Poco después, Cardoso formuló sus conocidas críticas al dependientismo radical (Cardoso 1976), argumentando que este enfoque está basado en una serie de hipótesis erróneas sobre la interpretación del desarrollo capitalista en América Latina. Estas "hipótesis erróneas" serían: a) el desarrollo capitalista en América Latina es imposible; b) el capitalismo dependiente está basado en la explotación extensiva de la fuerza de trabajo y atado a la necesidad de remunerar a la fuerza de trabajo por debajo de su valor (crítica a la "superexplotación" de Marini); c) las burguesías locales no constituyen una fuerza social activa; d) la penetración por las empresas transnacionales implica la búsqueda de una posición subimperialista en el continente por parte de los gobiernos latinoamericanos (nueva crítica a Marini); e) el momento político de América Latina se encuentra en una encrucijada, con las únicas alternativas de "socialismo" o "fascismo" (crítica a Dos Santos). La discusión generada a partir de estos planteamientos alcanzó tonos dramáticos, con acusaciones recíprocas de "economicista" y "sociologista" entre Cardoso y Marini.

Con un estilo semejante, pero más ecuánime, Rodolfo Stavenhagen también había publicado por la misma época una serie de "tesis erróneas" (Stavenhagen 1975) que, según su criterio, se estaban manejando explícita o implícitamente en la discusión, provenientes de diversos orígenes ideológicos. Los siete errores que se asumían como premisas —según los bandos— serían los siguientes: a) los países latinoamericanos son sociedades duales; b) el progreso en América Latina se derivará de la expansión de los productos industriales en las áreas atrasadas, arcaicas y tradicionales; c) la existencia de áreas rurales atrasadas, tradicionales y arcaicas es un obstáculo para la formación de un mercado interno y para el desarrollo de un capitalismo progresista y nacional; d) la burguesía nacional está interesada en acabar con el poder y el dominio de la oligarquía agraria; e) el desarrollo de América Latina es obra y creación de una clase media nacionalista, progresista, emprendedora y dinámica, así que los objetivos políticos de los gobiernos de América Latina deben tener como meta estimular la movilidad social y el desarrollo de esa clase; f) la integración nacional en América Latina es producto de la mezcla de los individuos, y g) el progreso en América Latina sólo tendrá lugar por medio de una alianza entre los obreros y los campesinos, como resultado de la identidad de intereses de estas dos clases. Como puede verse, Stavenhagen critica a ortodoxos neoclásicos, a cepalinos y también a la izquierda.

La discusión sobre la dependencia pierde intensidad a mediados de la década de los setenta, luego que aquélla se había vuelto un juego de "todos contra todos". Los neoclásicos acusaban a la CEPAL de no seguir la ortodoxia teórica y éstos contraatacaban acusándolos de proveedores de teorías inoperantes en el mundo real, particularmente en el contexto del subdesarrollo latinoamericano. Al mismo tiempo, los dependentistas radicales acusaban a la CEPAL de soslayar el problema político y el análisis de clases, pero fueron acusados a su vez de retóricos, por un lado, y de mecanicistas, por otro. Los moderados como Sunkel, Pinto, Furtado y Stavenhagen intentaban poner orden en la discusión, sugiriendo la conveniencia de alcanzar un compromiso que parecía imposible, mientras otro moderado —Cardoso— proponía salidas que no por reformistas fuesen menos agresivas. La izquierda latinoamericana, europea y norteamericana se puso a revisar la teoría del imperialismo y mientras unos se concentraban en subrayar las deficiencias de estructuralistas y dependentistas (Castañeda y Hett 1978; Cueva 1979), otros investigaban en las raíces históricas del propio desarrollo latinoamericano (Cueva 1980), otros se orientaban a reconstruir el pensamiento leninista original (Aguilar 1982), en tanto comunistas italianos y franceses se concentraban en la tesis del capitalismo monopolista de Estado (Boccaro *et al.* 1970; Valier 1978) e incluso hubo quien invirtió el orden de precedencia establecido por Lenin (Warren 1980).

Tiempo después, Cardoso colaboró con el grupo europeo que, encabezado por la Fundación Dag Hammarskjöld, formuló la propuesta del "otro desarrollo" (Nerfin 1978) —en el que también participó Stavenhagen—, misma que se impulsó al amparo de la Estrategia para la Segunda Década de Desarrollo, de las Naciones Unidas —o más bien de su fracaso—, propuesta que recogía la creciente preocupación ecologista y por los derechos humanos, junto con los tradicionales reclamos por un desarrollo internacional más justo y una mejor satisfacción de las necesidades básicas de la población mundial. De la promoción de la Segunda Década para el Desarrollo se pasó a la denuncia de la Década Perdida para el Desarrollo, bautizada así por Norberto González, a la sazón secretario ejecutivo de la CEPAL, con lo cual se estaba reconociendo no sólo un hecho lamentable sino también el fracaso de las políticas y los análisis previos que, supuestamente, estaban orientados a proponer alternativas. En definitiva, ni reforma ni revolución.

Desde mediados de los setenta y hasta mediados de los ochenta, el Cono Sur fue dominado por dictaduras militares que impusieron el enfoque neoliberal literalmente a sangre y fuego, aunque

también con algunas modalidades no previstas. Básicamente, la variante sudamericana implicó la formación de nuevas alianzas entre el gran capital industrial y financiero, nacional e internacional, con la vieja oligarquía agraria. En México, la transición al neoliberalismo se operó a partir de la insuficiencia del modelo populista en combinación con la capacidad del régimen político para mantener la continuidad institucional. Sin embargo, una vez recuperados los espacios democráticos, los gobiernos civiles continuaron con la aplicación de la misma línea política, aunque moderada por la existencia de partidos políticos y ámbitos parlamentarios, con la breve intrusión de los planes heterodoxos de estabilización en Brasil y Argentina. En ese momento, el problema principal en todo el subcontinente era la voluminosa deuda externa combinada con una inflación galopante.

La dominancia del enfoque neoliberal se reforzó con el fin de los regímenes socialistas en Europa Oriental, proceso vertiginoso que comenzó con el derrocamiento de Ceaucescu en Rumania a fines de 1989, continuó con la caída del Muro de Berlín y la reunificación alemana en 1990, el ascenso de la oposición sindicalista en Polonia a fines del mismo año y culminó con la desaparición formal de la Unión Soviética y de Yugoslavia en diciembre de 1991 —paralelamente al surgimiento de numerosas guerras civiles en sus respectivos territorios— y la partición de la antigua Checoslovaquia en dos repúblicas independientes un año después. Los países socialistas de Europa Oriental desaparecieron del mapa, literalmente. En los nuevos países que ocuparon su lugar se implantaron diversas reformas que abrían paso a las economías de mercado y al resurgimiento del pensamiento neoliberal y monetarista. Inclusive en China y Vietnam, aunque más paulatinamente, se fueron abriendo las puertas a la inversión extranjera y hoy hasta Cuba, que sigue proclamando su adhesión al socialismo, busca opciones de apertura. Todos estos movimientos sociales y políticos favorecieron el momento de hegemonía virtualmente indisputada del pensamiento neoliberal, iniciado a mediados de los setenta y que se prolonga hasta nuestros días, así como la aparición de tesis antidesarrollistas que proclaman “la crisis de los paradigmas” y “el fin de la historia” (Bauer 1981; Balassa *et al.* 1982; Little 1982; Lal 1983; Fukuyama 1989).

Mucho se ha escrito y mucho se escribirá aún sobre el colapso del socialismo europeo. En lo que a nuestro tema atañe, lo cierto es que el proceso de sucesión histórica de etapas previsto en el *Manifiesto Comunista* debe ser, cuando menos, modificado, para admitir,

o bien la posibilidad de retrocesos, o bien la inclusión de otro tipo de dinámica. Otra posibilidad es negar que el modelo de desarrollo soviético fuera auténticamente socialista (tesis sustentada, por ejemplo, por algunos movimientos trotskistas). En cualquier caso, se impone la necesidad de una revisión profunda de ciertos esquemas.

Derivaciones recientes

ACTUALMENTE se pueden distinguir tres opciones en la interpretación de los procesos contemporáneos de desarrollo, sin descartar que —quizás más temprano que tarde— vuelvan a surgir propuestas más radicales.

En primer lugar, los economistas de la CEPAL han vuelto a tomar la iniciativa y se encuentran actualmente promoviendo una propuesta neoestructuralista (Sunkel 1991; CEPAL 1990, 1992). Entre las características de esta nueva propuesta de desarrollo “desde dentro” merecen destacarse las siguientes: a) el crecimiento económico y la equidad distributiva deben avanzar *simultáneamente* y no secuencialmente (tesis que se contrapone al tradicional estribillo del régimen mexicano que, tanto en su versión populista como en la neoliberal, siempre ha insistido en que es necesario “crecer primero y luego distribuir”, ignorando que todo proceso de crecimiento trae consigo, de antemano, la impronta de una distribución específica); b) la política de equidad debe basarse en políticas de empleo productivo y de inversión en capital humano y sólo secundariamente en transferencias directas de recursos; c) debe fortalecerse el mercado como mecanismo asignador de recursos, pero ello no implica forzosamente “precios libres y desregulación”, sino también acciones gubernamentales específicas para “crear o simular mercados ausentes, insuficientes o segmentados”; d) el Estado debe promover las reformas institucionales necesarias; e) se deben considerar las especificidades regionales y nacionales; f) es esencial que las economías en desarrollo se inserten en el mercado internacional, incorporando a la vez las tecnologías más modernas en su planta productiva y fomentando la investigación científica y el desarrollo tecnológico; g) el Estado debe fomentar el ahorro y la inversión nacionales, al tiempo que procura la reducción del déficit público, mediante sistemas de previsión institucionales, mercados de capitales y otras medidas; h) se debe promover una reforma a nivel microeconómico, que permita una mayor participación de los trabajadores en el proceso productivo (empresas horizontales) y en

la toma de decisiones, fomentando la conciencia de que “el ‘adversario’ no es el empresario sino la competencia”; i) el Estado debe promover activamente “programas de inversión social destinados a romper la transmisión intergeneracional de la pobreza”; j) en el orden internacional se debe fortalecer el establecimiento de reglas multilaterales, transparentes y no discriminatorias.

La caracterización anterior del nuevo estructuralismo cepalino no es exhaustiva y amerita un análisis más profundo que el que podemos ofrecer en estos párrafos. Pero una primera lectura nos sugiere de inmediato dos comentarios. En primer término, es evidente que la nueva propuesta recoge las experiencias vividas en América Latina en los últimos veinte años y de alguna manera trata de incorporar las principales lecciones. Esto es positivo. Sin embargo, no parece quedar claro cuál es en definitiva el proyecto final, cuáles serían los principales beneficiarios, qué clase de transformaciones serían las esenciales y cómo se sustanciaría el proceso, no sólo en términos financieros sino políticos y sociales. Aunque muy sugerente, la propuesta se acerca mucho más a responder el *qué*, pero relega el *cómo*, el *cuándo* y, sobre todo, el *quién*. El neoestructuralismo cepalino, en este sentido, es más bien una propuesta defensiva: está más preocupado por no repetir los errores del pasado —excesivo control estatal, excesiva confianza en el empresariado nacional, descuido de las variables monetarias— que en proponer una visión del futuro. Este neoestructuralismo aparece, pues, como una propuesta más integral que la versión de Prebisch, pero en cambio ha perdido riqueza política y está formulada en términos más tecnocráticos y conservadores. Recordemos que el primer estructuralismo cepalino tenía una visión mucho más clara del papel de una nueva clase industrial emergente, de la necesidad de modificar el papel de la oligarquía latifundista, de redefinir la división internacional del trabajo y de apoyarse en una clase media y popular mediante políticas redistributivas adecuadas, todo lo cual constituía una propuesta de cambios profundos, aunque la izquierda latinoamericana prefirió reservarse el término de “revolucionario” para sí y no dudó en calificar a la CEPAL de “reformista”, por cuanto no se estaba propiciando la transición al socialismo sino sólo a un capitalismo mejorado. En su segunda versión, en cambio, no obstante la corrección plausible de sus metas, la CEPAL parece más preocupada por la necesidad de ofrecer una alternativa desarrollista “universal” frente a las limitaciones que en tal materia padece el neoliberalismo, que en vincular la viabilidad de la propuesta a bases

políticas y sociales concretas. Parece olvidar que el enemigo a vencer, en realidad, no es el neoliberalismo: es la pobreza. Y no nos estamos refiriendo únicamente a la pobreza material, sino también a la pobreza teórica para encontrar alternativas de interpretación y de acción.

Un segundo comentario se refiere a que se deja entrever una preocupación por una mayor justicia política y se sugiere fomentar una mayor concertación y participación de la clase trabajadora y de la clase media en el proceso de toma de decisiones, en especial dentro y alrededor de las empresas. Pero, fuera de estar apuntando a la incorporación de las experiencias japonesa y coreana en la materia, se elude la pregunta crítica sobre el tipo de regímenes políticos que serían necesarios para apoyar mejor la implementación de la propuesta. En otras palabras, el programa es políticamente aséptico y no deja ver si existe algún compromiso con un principio democrático de organización de la sociedad. En todo caso, aun aceptando que la propuesta admite implícitamente que la democracia es deseable —y sabemos que sus autores son demócratas convencidos—, no se ve cuál sería el mecanismo concreto en la esfera política que permitiría impulsar el proyecto económico sugerido.

Una segunda vertiente crítica sobre el proceso de desarrollo seguido en América Latina y que entronca con la propuesta neoes-structuralista es la que resume María Da Conceição Tavares (1980) al estudiar el caso brasileño. De hecho, el análisis de Tavares es anterior históricamente, pero contemporáneo a la etapa en que la CEPAL intentaba promover la idea de los ‘estilos de desarrollo’, antecedente genético de la actual propuesta de ‘desarrollo desde dentro’. Tavares continúa la línea de investigación y reflexión de tradición estructuralista a la manera de su maestro Aníbal Pinto. Señala que, en primer lugar, la sustitución de importaciones se verificó como un proceso *parcial y cerrado*, esto es que, por una parte, no completó las dos etapas previstas originalmente (Fajnzylber 1983) y que se limitó a operar exclusivamente sobre la base industrial sin modificar la estructura de la propiedad ni de la producción del sector agroexportador y, por otra, que las nuevas industrias sustitutivas se limitaron a funcionar en el ámbito de los respectivos mercados internos, sin participar en las corrientes internacionales. En estas condiciones, la industria sustitutiva se limitó a repetir, en forma desfasada y menos eficiente, la experiencia histórica de acumulación de la primera industria europea, pero sin alterar las condiciones iniciales que definen el subdesarrollo latinoamericano: la

dependencia interna (de las transferencias del sector agroexportador) y la dependencia externa (de las importaciones de bienes de capital). La conclusión de Tavares es que el proceso de industrialización, aun siendo indispensable, debe afrontarse simultáneamente en todos los niveles de la cadena productiva y no sólo por etapas, aunque dosificando el esfuerzo según cada contexto concreto. Por otra parte, debe atenderse a lo que la autora denomina 'las condiciones internas del proceso', que son básicamente tres: la dimensión y estructura del mercado interno; el proceso de introducción e innovación tecnológica y la desigual distribución de recursos de capital y mano de obra que invalidan los pronósticos deterministas de las políticas macroeconómicas. A lo anterior se agrega también una desigual dotación de recursos primarios entre los países de América Latina —y aun entre las regiones de un mismo país— que, por si fuera poco, está privatizada en forma sumamente concentrada, sea por latifundistas o por corporaciones agroindustriales o mineras.

Las limitaciones señaladas por Tavares implican que el programa de industrialización sustitutiva emprendido en América Latina acentuó la dependencia en lugar de constituir una palanca de liberación nacional, como se pretendía, y que el proceso se fuera ahogando en una dependencia financiera creciente, en la medida que no fue posible generar un mecanismo autosustentado y con capacidad excedente para solventar no sólo su propio crecimiento, sino el de la economía en su conjunto. Consecuencia de este proceso frustrado fue que, al debilitarse la base real de producción, se fortaleció indirectamente la capacidad operativa del sector financiero que, forjando nuevas alianzas con los sectores tradicionales constituyeron la nueva forma del proceso de acumulación, a la que denomina "capitalismo financiero".

La segunda línea de análisis a que nos referimos y que ha cobrado cierta relevancia en el medio académico europeo —especialmente francés— y latinoamericano, recoge la tradición marxista ortodoxa y hace hincapié en el concepto de *regulación* (Aglietta 1979; De Bernis 1988). Esta escuela se define sobre la base de la continuación y profundización de la hipótesis del "capitalismo monopolista de Estado". Aunque no provee una teoría explícita del subdesarrollo —dado que fue elaborada, en realidad, para interpretar el capitalismo desarrollado norteamericano y europeo—, subraya dos elementos de importancia: en primer lugar, insiste en que la "relación salarial" (confrontación obrero-patronal) debe ser el eje del análisis de todo proceso evolutivo del capitalismo (con lo

cual retoma el señalamiento clásico althusseriano); en segundo término, existe un sistema de regulación institucionalizada de dicha confrontación a través de "formas estructurales" específicas que sirven para mediatizar el proceso. De aquí se deduce que el análisis histórico resulta fundamental, ya que la evolución en estas condiciones se produce en forma discreta y asincrónica, inutilizando la aplicación de modelos cuantitativos basados en ecuaciones diferenciales (y con parámetros fijos, agregamos nosotros). Deja entrever, en cambio, que el análisis de sistemas puede resultar de utilidad técnica (lo cual parecería una contradicción con lo recién afirmado, dado que la teoría de sistemas utiliza *in extenso* las ecuaciones diferenciales), aunque insiste que, en todo momento, debe respetarse la supremacía del análisis cualitativo y, particularmente, el enfoque de la crítica a la economía política burguesa. En otros términos, propone una especie de síntesis entre la interpretación althusseriana de Karl Marx, el institucionalismo de Thorstein Veblen y la teoría de sistemas de Ludwig von Bertalanffy.

La utilidad de este enfoque es que rescata la noción de mediación institucionalizada, con lo cual el proceso de control se vuelve central en el marco más amplio de la lucha de clases y permite a la clase dominante diseñar e implementar estrategias de crecimiento, aun en condiciones de subordinación internacional. En este sentido, tendría cierta coincidencia con la hipótesis del "capitalismo dependiente" de Fernando H. Cardoso. El concepto de *regulación*, a su vez, permite superar la categoría de *articulación* utilizada por los antropólogos franceses Claude Meillassoux y Pierre Philippe Rey (Meillassoux 1978; Rey 1976), en la medida en que la "articulación" presupone modos de producción dados —aunque no necesariamente estáticos—, en tanto que la "regulación" permite introducir el análisis de modos fusionables y, en consecuencia, más cercano a la noción de *transformación* y al enfoque histórico.

El rescate del enfoque institucionalista no es patrimonio exclusivo del regulacionismo francés. La desilusión con la capacidad explicativa de las teorías convencionales fomentó, ya desde comienzos de la década de los ochenta, una revisión bastante generalizada de teorías y paradigmas. En 1983 se publica *Why economics is not yet a science?*, editado por Alfred S. Eichner y con un prefacio de Wasily Leontiev. En este volumen se reúnen numerosos trabajos que, además de subrayar la crítica al pensamiento ortodoxo, proponen abiertamente retomar el análisis de las instituciones como eje explicativo del fenómeno económico (Eichner 1983). Desde un ángulo

diferente, y más recientemente, Douglass C. North —Premio Nobel 1993— también retoma el análisis de las instituciones como instancias mediatizadoras necesarias en el proceso de desarrollo (North 1995). Ziya Önis, por su parte, va más lejos: luego de descalificar tanto al estructuralismo como al neoliberalismo, y después de analizar las experiencias de tres grupos de países —el Sudeste asiático, Suecia y Austria y, finalmente, Italia— concluye que los procesos exitosos de industrialización en estos casos, a pesar de sus diferencias, mantienen una característica común: la de haber sabido combinar la acción del Estado con la iniciativa privada, desarrollando la competitividad externa al tiempo que fortalecen la cooperación interna. En ninguno de los tres casos, dice Önis, el Estado ha sido neutral en el proceso de desarrollo, pero ha sabido mantener abiertas las fronteras al tiempo que ha impulsado el establecimiento de redes institucionales de diversas características según los países, dando un margen considerable de participación a la iniciativa privada. En todos los casos, además, el proceso de industrialización se ha visto reforzado por un componente ideológico compartido por todos los participantes nacionales, que el autor no duda en calificar de “crucial” (Önis 1995).

Por último, entre las proposiciones de interpretación histórica que están cobrando importancia en estos días debe mencionarse también el tratamiento al creciente proceso de globalización. No pretendemos efectuar aquí un análisis exhaustivo que implicaría la revisión de una literatura extensa. Nos limitaremos a señalar las aportaciones de dos autores que han contribuido en forma importante a fundamentar este enfoque: Samir Amin e Immanuel Wallerstein (Amin 1974b, 1982; Wallerstein 1974, 1979). En buena medida, sus propuestas se relacionan con los estudios de internacionalización del capital (Palloix 1975; Fröbel *et al.* 1980) e intercambio desigual (Emmanuel 1972), así como con la vasta literatura sobre comercio internacional.

En el caso particular de Amin, se trata de una propuesta que retoma específicamente el análisis prebischiano de centro y periferia, pero la reencuadra en un contexto de tipo marxista. Vale la pena reproducir (casi literalmente) sus conclusiones: a) las relaciones entre “países desarrollados” y “países subdesarrollados” no pueden ser aprehendidas en el marco del análisis del modo de producción capitalista [únicamente]; este punto se origina en el hecho que están involucradas formaciones sociales diferentes; b) la teoría ricardiana de las ventajas comparativas se sitúa en el marco del modo de producción capitalista y, por ende, no puede constituir el eje del análisis

teórico de los vínculos comerciales internacionales, vía extracción del excedente; c) la teoría de la acumulación a escala mundial sólo tiene sentido tomando en cuenta los monopolios, el imperialismo y los cambios que los han acompañado, en contraposición con los relativamente débiles y erróneos análisis de Marx sobre la cuestión colonial; d) los países de la periferia no han obtenido ganancias de su integración al mercado mundial, por los beneficios de la llamada especialización internacional; e) la especialización internacional ha estado revestida de diversas y sucesivas formas; la característica actual no es la división entre productores de materias primas y artículos manufacturados, sino entre trabajo no calificado y altamente calificado, lo cual permite introducir ciertas formas industriales subordinadas en la periferia; f) la conquista y el condicionamiento de la periferia de acuerdo con las exigencias del centro, son el resultado de la tendencia inherente al capitalismo, a la ampliación de los mercados y a la exportación de capital (esta conclusión parece contradecirse con la última; véase más abajo); g) el fenómeno esencial continúa siendo el proceso de acumulación primitiva contemporánea; h) el proceso de acumulación primitiva mencionado es básico para comprender el fundamento de las relaciones sociales en el centro y en la periferia; i) el análisis de la acumulación a escala mundial revela que ésta siempre se hace en beneficio del centro: los “países desarrollados” no son los que proveen los “capitales” a los “países subdesarrollados”, sino al contrario: esto explica el bloqueo, el “desarrollo del subdesarrollo”, etcétera.

Por su parte, Wallerstein resuelve el problema de las oposiciones entre centro y periferia, entre factores endógenos y exógenos, suponiendo la existencia de un solo sistema universal, el *sistema mundo*, con lo cual su solución teórica consiste en la internalización de todos los componentes. Reconoce la primacía de la *economía mundial* sobre las tendencias históricas a la formación de imperios políticos específicos, aunque la economía mundial no existió desde siempre, sino que constituye un proceso de integración progresiva que se inicia con la expansión de las economías europeas en el siglo xvi. Es decir, la característica de “mundial” está ligada indisolublemente a la formación específica del capitalismo contemporáneo. Siguiendo a Gunder Frank, el proceso de dominación se extiende progresivamente y, no obstante su carácter esencialmente capitalista, no distingue entre países desarrollados y subdesarrollados —a diferencia de los teóricos de la dependencia— sino entre regiones que atraviesan una serie de Estados y que permite establecer diferencias entre *Estados-centro*, *semiperiferia*, *periferia* y *arena externa*.

En otras palabras, se trata de un modelo de círculos concéntricos, que retoma algunos conceptos ya desarrollados por los dependencistas, como la noción de "subimperialismo" de Marini, aunque el esquema analítico de Wallerstein parece aproximarse más al de Gunder Frank en términos generales.

Una sucinta comparación entre ambos autores mencionados nos indicaría que Amin mantiene más el análisis dialéctico e histórico y en general se mueve más en un contexto de sistemas complejos, en tanto Wallerstein tiende a eliminar las complejidades metodológicas y se limita más a una descripción un tanto mecanicista y determinista.

El pragmatismo del Banco Mundial

EN 1980, Paul Streeten —funcionario del Banco Mundial— daba por superadas una serie de "falacias" en materia de teoría del desarrollo y propugnaba —al igual que Raúl Prebisch treinta años antes— por fortalecer los estudios interdisciplinarios, al tiempo que subrayaba que la "nueva estrategia del desarrollo" debía orientarse hacia la satisfacción de las necesidades básicas, el fortalecimiento de la agricultura y la industria de alimentos en los países pobres (Streeten 1983). Sin embargo, a pesar de estas recomendaciones, gran parte de las "falacias" se siguen sosteniendo hoy en los Informes del Banco Mundial de 1988 y 1991, entre las que cabe resaltar: a) se sigue dando prioridad a la industrialización y a la infraestructura (energéticos y transportes) como sinónimos de desarrollo,⁴ b) la "necesidad de la participación, la descentralización y la movilización del trabajo local" siguen en la lista de los buenos deseos; c) en muchos casos, particularmente en el Sudeste asiático, las motivaciones nacionalistas no pueden descartarse fácilmente como factores ausentes o de poca influencia; d) a pesar de reconocerse las limitaciones en el proceso de sustitución de importaciones, el deterioro de los términos de intercambio sigue siendo un hecho que no se ha superado con la apertura y los procesos de integración; e) se sigue sosteniendo que la distribución es un proceso posterior e independiente del crecimiento. De las otras falacias o carencias mencionadas por Streeten, aunque se hayan reconocido, es poco el avance

⁴ Por ejemplo David Harrison argumenta que, no obstante las discrepancias en cuanto al significado último de los procesos de desarrollo, existe consenso en cuanto a que "desarrollo" implica "industrialización autónoma" (Harrison 1988).

logrado en términos eficientes: a) existe mayor preocupación por el medio ambiente, pero temas tan importantes como la erradicación de la pobreza y la satisfacción de las necesidades humanas básicas no muestran señales claras de encontrarse en el camino de una superación efectiva (en 1996, el vicepresidente del Banco Mundial, Shahid J. Burki, reconoció que las políticas impulsadas por la institución habían fracasado en asistir a 20% más pobre de la población mundial, particularmente en África y en América Latina);⁵ b) las tasas de crecimiento de la población mundial, particularmente en los países pobres, a pesar de cierta desaceleración, siguen siendo altas, no obstante los ingentes esfuerzos por controlar la natalidad, lo que demuestra que sigue vigente la asociación entre altas tasas de crecimiento demográfico y pobreza; en otros términos, el problema debe atacarse mediante políticas de empleo y de redistribución de la riqueza, más que por la promoción de métodos anticonceptivos (ambas políticas no son necesariamente contradictorias); c) aunque exista una tendencia a reconocer el subdesarrollo como un problema común a países pobres y países ricos, la negociación de la crisis internacional de la deuda de 1982 permitió comprobar que, en el terreno de los hechos, las distancias no se superan tan fácilmente.

En su Informe de 1988 el Banco Mundial analiza el papel de las finanzas públicas en los procesos de desarrollo. El recetario neoliberal se encuentra plasmado con notable claridad en este importante documento. Recomienda a los países industriales que reduzcan sus desequilibrios de pagos externos, en tanto los países en desarrollo "deben perseverar en la reestructuración de sus políticas económicas internas a fin de conseguir capacidad crediticia y crecimiento". La reestructuración, según se ve fácilmente en el largo documento, implica la reducción del tamaño absoluto del Estado, así como la reorientación de sus funciones —tema que será abordado luego con más amplitud en el Informe de 1991—, la apertura comercial, el equilibrio presupuestario y el alineamiento de los precios estratégicos del mercado interno con los internacionales, así como el control de ciertas variables financieras estratégicas. Luego de un largo análisis, resume en cinco apartados sus "directrices para la reforma": a) adoptar políticas presupuestarias prudentes; b) reducir el costo de la obtención de ingresos; c) aumentar la eficiencia y la eficacia del gasto público; d) fortalecer la autonomía y la responsabilidad de las entidades públicas descentralizadas y e) formular

⁵ *La Jornada* (México), 26 de junio de 1996, p. 52.

políticas de finanzas públicas que sean coherentes con las metas del alivio de la pobreza. Al releer estas directrices —y su minuciosa justificación previa—, no puede dejar de recordarse cómo en México éstas se aplicaron al pie de la letra, precisamente en el sexenio que comenzó en el mismo año del Informe.

No podemos extendernos aquí en una crítica detallada, pero ofreceremos al lector algunos comentarios. Ante todo, llama la atención que, para un documento orientado a ofrecer “directrices” para los países en desarrollo, de los 41 documentos de antecedentes —además de una extensa bibliografía de apoyo— sólo dos fueron escritos por economistas de países no industrializados: uno brasileño y el otro colombiano. Todos los demás pertenecen a autores de habla inglesa. En cuanto a los contenidos mismos del documento, podemos señalar: a) no se cuestiona en ningún momento el modelo dominante de desarrollo; en otras palabras, no se formula nunca la pregunta crítica: ¿qué desarrollo queremos?; b) el control de los mecanismos propuestos es altamente tecnocrático, salvo en algunos aspectos secundarios, como en el caso de los servicios urbanos locales; c) el desarrollo nacional se supedita a un contexto internacional preexistente y predeterminado: en ningún momento se cuestionan eventuales relaciones de dependencia, términos de intercambio, mucho menos relaciones de subordinación política; d) no existe ninguna sugerencia para formular políticas de empleo, de industrialización y desarrollo tecnológico, de orientación del comercio exterior (salvo la recomendación de apertura) o de distribución del ingreso; estas ausencias son consistentes, por supuesto, con el enfoque de soberanía del mercado; e) los desequilibrios regionales intranacionales no se mencionan; f) la inflación de origen estructural no se analiza: se acepta plenamente el principio monetarista de que la inflación es siempre y en todas partes causada únicamente por el exceso de oferta monetaria; g) no se analizan los efectos distributivos de las políticas públicas, en particular del gasto público: sólo interesa el déficit fiscal; h) no se critica suficientemente (aunque se menciona) el papel de los monopolios y las corporaciones transnacionales; i) no se analiza lo suficiente el papel de las inversiones extranjeras, que automáticamente suponen beneficiosas: sólo se observa su aportación a la balanza de pagos, sin discriminar el papel de las remesas de utilidades ni de los precios de transferencia; j) se parte del concepto de balance fiscal y no de una definición del papel del Estado que, de este modo, queda relegado a un plano secundario, consistente con el enfoque asumido.

En el Informe de 1991, sin embargo, el énfasis se pone precisamente en la redefinición de las funciones del Estado según este punto de vista. Pero lo más grave, quizás, aun siendo graves las omisiones señaladas, es que se presupone implícitamente que la pobreza es virtualmente inevitable y que el Estado puede —y debe— contribuir a su alivio mediante ciertas políticas de redistribución selectiva, olvidando que el objetivo fundamental de cualquier política de desarrollo no es el alivio circunstancial de la pobreza y la marginación, sino su eliminación definitiva, por utópico que parezca.

En el Informe de 1991, señalado en múltiples ocasiones como la “biblia” del neoliberalismo contemporáneo, se analizan las relaciones entre el Estado y el mercado a partir de cuatro principios rectores: a) para invertir en recursos humanos es preciso que la función pública sea eficiente; b) para que las empresas prosperen es indispensable que operen en un clima favorable, en el que haya competencia, una infraestructura apropiada e instituciones; c) para lograr un desarrollo económico satisfactorio es necesario que los países se integren en la economía mundial; d) para mantener el progreso es esencial contar con un fundamento macroeconómico estable.

A pesar que en los documentos de antecedentes la contribución de autores provenientes de países en desarrollo aumenta considerablemente, los temas omitidos son virtualmente los mismos que en 1988. A riesgo de una simplificación excesiva, obligado por la naturaleza de este artículo, podemos señalar que la naturaleza del Estado —según el Banco Mundial— debe limitarse cuantitativamente cuanto sea posible y cualitativamente debe restringirse a asegurar aspectos de infraestructura, tanto física como humana. El Estado, según este enfoque, debe omitir expresa y conscientemente toda preocupación por orientar el desarrollo nacional, responsabilidad que debe recaer en las fuerzas del mercado.

El Banco Mundial no propone una teoría del desarrollo, ni siquiera del simple crecimiento económico, por la sencilla razón que presupone que el mercado, por sí y ante sí, puede y debe cumplir esta misión. En este sentido, toda teoría del desarrollo sale sobrando, ya que las fuerzas del mercado son impredecibles, aunque se supone, sin demostrar, que se orientarán “correctamente” en la dirección de un equilibrio que, de alguna manera, será general y beneficioso. Todo el documento —que, además, dista mucho de ser un Informe como su nombre lo indica— se reduce a un enorme recetario basado en el éxito relativo de algunas políticas de ajuste. En otras palabras, ni es un Informe ni es sobre desarrollo. En

más de dos siglos, no parece haber mucho avance desde que Adam Smith nos hablaba de una mano mágica y misteriosa.

Del impasse a... ¿dónde?

Dos líneas de sucesos han sido determinantes en la discusión reciente sobre los procesos de desarrollo y sus repercusiones en el ámbito de la praxis política y la formulación teórica. Por una parte, la reestructuración del orden mundial que se inicia con la devaluación del dólar en 1971 —decisión unilateral del gobierno de Richard Nixon, tomada para solventar el impagable déficit bélico norteamericano generado por su involucramiento en Vietnam— y continúa con las dos crisis petroleras de 1973 y 1982 hasta culminar con la crisis internacional de la deuda externa y la aplicación indiscriminada de los programas de estabilización; por otra, el surgimiento de los países de industrialización reciente del Sudeste asiático, la recuperación económica de Japón y Alemania y los procesos de integración en Europa, América y el Pacífico.

El primer conjunto de sucesos permitió resucitar el pensamiento neoclásico, la teoría de las ventajas comparativas y el monetarismo que habían dominado la escena hasta la crisis de 1929. Aun las llamadas expectativas racionales no son sino una reformulación de hipótesis que ya se habían planteado a fines del siglo pasado. Con razón, Milton Friedman habla de una ‘contrarrevolución’ monetarista. El segundo conjunto, en cambio, ha llamado la atención por la novedad de los procesos involucrados. Contrariamente a lo pronosticado por los dependentistas —moderados o radicales— cuatro países de Asia oriental (Taiwán, Corea del Sur, Singapur y Hong Kong) se industrializaron vertiginosamente en un marco de economías abiertas al comercio internacional y, contrariamente al dogma neoliberal, lo hicieron con un fuerte activismo del Estado en la economía. Ambos hechos sirvieron para propiciar una situación de vacío —esperamos que temporal— en la generación de nuevos esquemas interpretativos que conduzcan a un mejor y más profundo conocimiento de los procesos de desarrollo en el mundo.

Algunos autores han calificado ya de *impasse* la situación descrita (Booth 1985; Corbridge 1990; Schurrman 1993; Kiely 1994), aunque ubican su origen en la incapacidad de la teoría marxista (y de otras “grandes teorías”, incluyendo la teoría neoclásica, la teoría de la nueva división internacional del trabajo —léase “dependentismo”— y la teoría de la regulación) para entender la especificidad nacional de cada proceso particular, dadas

sus pretensiones universalistas. Estos autores reivindican el papel que pueden tener factores tan importantes como el nacionalismo, por ejemplo, hecho que ya había sido advertido en el siglo pasado por el norteamericano de origen alemán Friedrich List, defensor del proteccionismo, quien publicó su *Sistema nacional de economía política* en 1840 y que, más recientemente, fuera también tema de reflexión para Dudley Seers (Seers 1983), fundador y director del Instituto de Estudios del Desarrollo de la Universidad de Sussex. La conclusión a que llegan los defensores de la hipótesis del *impasse* es que es necesario incrementar el estudio empírico de casos concretos, dada la diversidad existente, y abandonar la pretensión de encontrar grandes líneas de interpretación universal. Como es obvio, se podrá coincidir en la necesidad de recabar más y mejor información y también en la necesidad de una revisión profunda de los marcos teóricos de que disponemos, pero no se puede apoyar una propuesta que sólo conduce al nihilismo y a la esterilidad.

Lo que resulta cada vez más difícil es negar que existe una creciente preocupación por el vacío en que ha caído la formulación de la teoría económica, a pesar de la propuesta de los nuevos enfoques de "macroeconomías abiertas", las expectativas racionales y la teoría de los bienes públicos. En 1983, dos años antes de la "denuncia" del *impasse* por David Booth (Booth 1985), Wassily Leontief —Premio Nobel 1973— reconocía que:

Año tras año los teóricos de la economía continúan produciendo cantidades de modelos matemáticos y explorando con gran detalle sus propiedades formales, mientras los econométricos ajustan funciones algebraicas de todas las formas posibles a conjuntos de datos esencialmente iguales sin ser capaces de proponer, de cualquier forma perceptible, una comprensión sistemática de la estructura y las operaciones de un sistema económico real (Leontief 1983, la traducción es mía).

En 1992, Maurice Allais —Premio Nobel 1988— declaraba que:

La teoría económica de los últimos cuarenta y cinco años es una sucesión de teorías dogmáticas, irrealistas, abandonadas una después de la otra; son puros sofismas basados en modelos matemáticos irrealizables, incapaces de prever y menos de explicar.⁶

Por otra parte, lo que hemos denominado "la literatura del descontento" registra un lento pero continuo aumento (Sweezy *et al.*

⁶ *Le Monde Diplomatique*, mayo de 1992, p. 3.

1972; Eichner 1983; Pajestka y Feinstein 1983; Hutchison 1983; Ward 1983; Thurow 1988; Combemale 1990; Skousen 1994), sin contabilizar las innumerables propuestas heterodoxas de escasa difusión. Alfred S. Eichner, por ejemplo, afirma:

Un sentimiento penetrante entre un gran número de economistas —aunque son sólo una minoría en la profesión— es que hay algo tan fundamentalmente equivocado en la teoría económica que, hasta que el error sea corregido y la economía ubicada en un camino diferente, puede esperarse muy poco progreso en el conocimiento económico... Las críticas son rechazadas, no porque no tengan méritos intelectuales sino, más bien, porque van en contra de la sustancia de la ortodoxia prevaleciente. Ningún llamado a la corroboración empírica tendrá éxito. Sólo la evidencia que concuerde con las creencias *a priori* será reconocida. La teoría económica, en este sentido, se ha convertido en un sistema cerrado de ideas, más semejante a una religión que a una ciencia (Eichner 1983, la traducción es mía).

También Lester C. Thurow tiene expresiones semejantes:

La ciencia económica se encuentra en un estado de agitación. La economía de los libros de texto y de las facultades universitarias no sólo enseña el modelo de los precios de subasta sino que avanza hacia interpretaciones cada vez más estrechas. El refinamiento matemático se intensifica a medida que disminuye el entendimiento del mundo real... La transición de un modo de pensamiento a otro es difícil porque involucra el abandono de un hermoso velero —el modelo de equilibrio con precios de subasta— que se está rajando y hundiendo en un remolino (Row 1988).

El mismo Alec Cairncross sostiene que: “es difícil ver por qué debemos terminar con una teoría del crecimiento para los desarrollados y una teoría del desarrollo para los países subdesarrollados” (Cairncross 1992).

Y, en México, Jaime Ros se pregunta si la teoría del desarrollo tiene futuro, para concluir que quizás valga la pena rescatar y reconstruir —modificándolo en puntos estratégicos— el pensamiento de los padres fundadores (Ros 1996).

Si alguna conclusión debe establecerse de esta somera reseña panorámica es que el debate está lejos aún de haber terminado. Una lista temática, por incompleta que fuera, debería incluir, al menos, las siguientes consideraciones: a) ¿existe o no una primacía del crecimiento puramente económico en los procesos de desarrollo?; b) ¿cuáles son los alcances y limitaciones de las políticas monetarias

y del mecanismo de precios de mercado en una perspectiva de largo plazo?; c) ¿cómo y hasta dónde se redefine el papel del Estado en el proceso, así como el de las instituciones y sus mecanismos de regulación?; d) ¿es la industrialización el único camino y, si así fuera, debe darse algún tipo de primacía al mercado interno o puede promoverse el desarrollo con base en un modelo exportador?; e) ¿la redistribución del ingreso cumple algún papel en todo esto?; f) ¿cómo se determinan y cómo se evalúan las especificidades nacionales y subnacionales en una política de desarrollo?; g) ¿cómo se determinan y cómo actúan los vínculos internacionales?; h) ¿es la teoría del desarrollo un capítulo de la teoría económica dedicado a los países pobres, o es la teoría económica misma?

La historia nos enseña que no habrá respuestas únicas y definitivas para estas interrogantes fundamentales y que, mientras los académicos se abocan a resolverlas —y a generar nuevas preguntas—, los políticos deberán continuar resolviendo —o empeorando— las condiciones de vida sobre el planeta, con teoría o a pesar de ella. Creemos importante señalar que existe un vacío teórico importante en función de la trascendencia de los problemas que deben ser resueltos —aunque no necesariamente un *impasse*— y que, además, la teoría debe ser lo suficientemente generosa como para dotar de flexibilidad al académico así como de operatividad al político, al tiempo que deben mantenerse los principios esenciales de rigurosidad de toda construcción científica.

BIBLIOGRAFÍA

- Adelman, Irma, 1984, *Teorías del desarrollo económico*, México, FCE.
- Aglietta, Michel, 1979, *Regulación y crisis del capitalismo*, México, Siglo XXI.
- Aguilar, Alonso, 1982, *Teoría leninista del imperialismo*, México, Nuestro Tiempo.
- Amin, Samir, 1974a, *Desarrollo desigual*, México, Nuestro Tiempo.
- , 1974b, *La acumulación a escala mundial*, México, Siglo XXI.
- Apter, David E., 1974, *Una teoría política del desarrollo*, México, FCE.
- Bagú, Claudio, 1986, "El Estado en la teoría del capitalismo periférico de Raúl Prebisch", *El Economista Mexicano* (México, Colegio Nacional de Economistas), vol. XIX, núm. 2.
- , 1989a, "La CEPAL y el desarrollo de América Latina", *Estudios Latinoamericanos* (México, CELA-UNAM), vol. IV, núms. 6-7.

- _____, 1989b, "Medio siglo de planificación del desarrollo en América Latina: notas para un balance", *Revista Interamericana de Planificación* (Antigua, Guatemala), vol. XXII, núm. 86.
- _____, 1990, "Acerca de la insuficiencia de la teoría económica, la década perdida y otros eclipses", *Estudios Latinoamericanos* (México, CELA-UNAM), vol. V, núm. 9.
- Bagú, Sergio, 1992, *Economía de la sociedad colonial*, México, CNCA/Grijalbo.
- _____, *et al.*, 1978, *Problemas del subdesarrollo latinoamericano*, México, Nuestro Tiempo.
- Bairoch, Paul, 1975, *Revolución industrial y subdesarrollo*, México, Siglo XXI.
- Balassa, Bela *et al.*, 1982, *Development strategies in semi-industrial economies*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- Bambirra, Vania, 1977, *El capitalismo dependiente latinoamericano*, México, Siglo XXI.
- Banco Mundial, 1988, *Informe sobre el desarrollo mundial*, Washington, Banco Mundial.
- _____, 1991, *Informe sobre el desarrollo mundial*, Washington, Banco Mundial.
- Baran, Paul A., 1959, *La economía política del crecimiento*, México, FCE.
- Barre, Raymond, 1977, *El desarrollo económico*, México, FCE.
- Bauer, Peter T., 1981, *Equality, the Third World and economic delusion*, Londres, Weidenfeld & Nicholson.
- Benetti, Carlo, 1976, *La acumulación en los países capitalistas subdesarrollados*, México, FCE.
- Berberoglu, Berch, 1992, *The political economy of development: development theory and the prospects for change in the Third World*, Albany, NY, SUNY Press.
- Bitar, Sergio, 1988, "Neoliberalismo versus neoestructuralismo en América Latina", *Revista de la CEPAL*. (Santiago de Chile, CEPAL.), núm. 34.
- Blomström, Magnus y Björn Hettne, 1990, *La teoría del desarrollo en transición*, México, FCE.
- Boccarda, Paul *et al.*, 1970, *Capital monopolista de Estado*, México, Grijalbo.
- Booth, David, 1985, "Marxism and development sociology: interpreting the impasse", *World Development*, 13(7), 761-787.
- Cairncross, Alec, 1992, *Economía y política económica*, México, FCE.
- Caputo, Orlando y Roberto Pizarro, 1970, *Imperialismo, dependencia y relaciones internacionales*, Santiago de Chile, Universidad de Chile.
- Cardoso, Fernando H., 1976, "Current theses on Latin American development and dependency: a critique", *III Scandinavian Research Conference on Latin America*, Bergen.
- _____, 1978, "Hacia otro desarrollo", en Marc Nerfin, comp., *Hacia otro desarrollo: enfoques y estrategias*, México, Siglo XXI.

- Cardoso, Fernando H. y Enzo Faletto, 1971, *Dependencia y desarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI.
- Castañeda, Jorge y Enrique Hett, 1978, *El economismo dependientista*, México, Siglo XXI.
- Chenery, Hollis et al., 1974, *Redistribution with growth*, Oxford, Oxford University Press.
- Colclough, Christopher, 1994, "Estructuralismo y neoliberalismo: una introducción", en Christopher Colclough y James Manor, comps., *¿Estados o mercados? El neoliberalismo y el debate sobre las políticas del desarrollo*, México, FCE.
- Combemale, Pascal, 1990, "Ce qui se sait vraiment en économie", *Revue du Mauss* (París), núm. 8.
- Comisión Económica para América Latina, 1988, *Restricciones al desarrollo sostenido en América Latina y el Caribe y requisitos para su superación*, Santiago de Chile, CEPAL.
- , 1990, *Transformación productiva con equidad*, Santiago de Chile, CEPAL.
- , 1992, *Equidad y transformación productiva: un enfoque integrado*, Santiago de Chile, CEPAL.
- Corbridge, Stuart, 1990, "Post-Marxism and development studies: beyond the impasse", *World Development*, 18(5), pp. 623-639.
- Cueva, Agustín, 1979, "Problemas y perspectivas de la teoría de la dependencia", en *Teoría social y procesos políticos en América Latina*, México, Edicol.
- , 1980, *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, México, Siglo XXI.
- Dasgupta, Ajit K., 1988, *Las etapas del capitalismo y la teoría económica*, México, FCE.
- De Bernis, Gerard, 1988, *El capitalismo contemporáneo*, México, Nuestro Tiempo.
- Degras, Jane T., ed., 1960, *The Communist International, 1919-1943: documents*, Oxford, Oxford University Press, vol. 2: 1928-1938.
- Dos Santos, Theotónio, 1973, *Dependencia y cambio social*, Buenos Aires, Amorrortu.
- , 1973, *Socialismo o fascismo*, Buenos Aires, Periferia.
- , 1978, *Imperialismo y dependencia*, México, Era.
- Eichner, Alfred S., ed., 1983, *Why economics is not yet a science?*, Londres, Macmillan.
- Emmanuel, Arghiri, 1972, *El intercambio desigual*, México, Siglo XXI.
- Fajnzylber, Fernando, 1983, *La industrialización trunca de América Latina*, México, Nueva Imagen.
- French-Davis, Ricardo, 1988, "Esbozo de un planteamiento neoestructuralista", *Revista de la CEPAL* (Santiago de Chile, CEPAL), núm. 34.
- , 1991, "Formación de capital y marco macroeconómico: bases para un enfoque neoestructuralista", en Osvaldo Sunkel, comp., *El*

- desarrollo desde dentro: un enfoque neoestructuralista para la América Latina*, Mexico, FCE (*Lecturas de El Trimestre Económico*, núm. 71).
- Frank, Andre G., 1973, *América Latina: subdesarrollo o revolución*, México, Era.
- Fröbel, F. et al., 1980, *The New International Division of Labour*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Fukuyama, Francis, 1989, "The end of history", *The National Interest* (Summer, USA).
- Furtado, Celso, 1964, *Desarrollo y subdesarrollo*, Buenos Aires, EUDEBA.
- _____, 1974, *El mito del desarrollo económico y el futuro del Tercer Mundo*, Buenos Aires, Periferia.
- _____, 1976, *Teoría y política del desarrollo económico*, México, Siglo XXI.
- _____, 1979, *Creatividad y dependencia*, México, Siglo XXI.
- _____, 1987, *Breve introducción al desarrollo: un enfoque interdisciplinario*, México, FCE.
- Gerschenkron, Alexander, 1973, *Atraso económico e industrialización*, Barcelona, Ariel.
- González Casanova, Pablo, 1977, *Las categorías del desarrollo económico y la investigación en ciencias sociales*, México, UNAM.
- González, Norberto, 1988, "Una política económica para el desarrollo", *Revista de la CEPAL* (Santiago de Chile, CEPAL), núm. 34.
- Griffin, Keith y Terry Mckinley, 1994, *Implementing a human development strategy*, Nueva York, St. Martin's Press.
- Gutiérrez Garza, Esthela, 1995, "La teoría de la dependencia frente a la necesidad de un nuevo paradigma económico-social", *Estudios Latinoamericanos* (México, CELA-UNAM), año II, núm. 3.
- Harrison, David, *The sociology of modernization and development*, Londres, Unwin Hyman, 1988.
- Hinkelammert, Franz, 1970, *Dialéctica del desarrollo desigual*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Hutchison, T. W., 1983, *Conocimiento e ignorancia en economía*, Puebla, Premia.
- Jaguaribe, Hélio, 1981, *Desarrollo económico y político*, México, FCE.
- Jolly, Richard, 1975, "Redistribution with growth: a reply", *IDS Bulletin* (IDS, Sussex), vol. 7, núm. 2.
- Jones, Hywel, 1975, *An introduction to modern theories of economic growth*, Londres, Van Nostrand Reinhold.
- Kaldor, Nicholas, 1961, *Ensayos sobre desarrollo económico*, México, CEMLA.
- Kesselman, Ricardo, 1973, *Las estrategias de desarrollo como ideologías*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Kiely, Ray, 1994, "Development theory and industrialisation: beyond the impasse", *Journal of Contemporary Asia*, 24(2), pp. 133-160.

- Krugman, Paul, 1996, "Los ciclos en las ideas dominantes con relación al desarrollo económico", *Desarrollo Económico* (Buenos Aires, IDES), núm. 143, vol. 36 (oct.-dic.).
- Kuznets, Simon, 1959, *Aspectos cuantitativos del desarrollo económico*, México, CEMLA.
- Lal, Deepak, 1983, *The poverty of 'development economics'*, Londres, Institute of Economic Affairs.
- Leontiev, Wassily, "Foreword", en Alfred S. Eichner, ed., *Why economics is not yet a science?*, Londres, Macmillan, 1983.
- Lewis, Arthur, 1958, *Teoría del desarrollo económico*, México, FCE.
- , 1960, "Desarrollo económico con oferta ilimitada de mano de obra", *El Trimestre Económico* (México, FCE), núm. 108.
- Little, Ian M. D., 1982, *Economic development: theory, policy and international relations*, Nueva York, Basic Books.
- Lustig, Nora, 1991, "Equidad y desarrollo", en Osvaldo Sunkel, comp., *El desarrollo desde dentro: un enfoque neoestructuralista para la América Latina*, México, FCE (*Lecturas de El Trimestre Económico*, núm. 71).
- Marini, Ruy M., 1974, *Dialéctica de la dependencia*, México, Era.
- , 1976, *Subdesarrollo y revolución*, México, Siglo XXI.
- Martínez, Javier y Pedro Vuskovic, 1979, "Once proposiciones sobre la situación actual de América Latina", en Theotónio dos Santos *et al.*, *América Latina en el mundo actual*, México, El Caballito.
- Meillassoux, Claude, 1978, *Mujeres, graneros y capitales*, México, Siglo XXI.
- Myrdal, Gunnar, 1957, *Economic theory and underdeveloped regions*, Londres, Duckworth.
- , 1968, *Asian drama*, Nueva York, Pantheon Books.
- Nerfín, Marc, ed., 1978, *Hacia otro desarrollo: enfoques y estrategias*, México, Siglo XXI.
- North, Douglass C., 1995, *Instituciones, cambio institucional y desempeño económico*, México, FCE.
- Nurkse, Ralph, 1953, *Problems of capital formation in underdeveloped countries*, Oxford, Oxford University Press.
- O'Donnell, Guillermo, 1994, "Some reflections on redefining the role of the State", en Colin I. Bradford, ed., *Redefining the State in Latin America*, París, OECD.
- Önis, Ziya, 1995, "The limits of neoliberalism: toward a reformulation of development theory", *Journal of Economic Issues*, xxix(1), pp. 97-119.
- Pajestka Josef y C. H. Feinstein, comps., 1983, *La pertinencia de las teorías económicas*, México, FCE, 1983 (*Lecturas de El Trimestre Económico*, núm. 52).
- Palloix, Christian, 1975, *Las firmas multinacionales y el proceso de internacionalización*, México, Siglo XXI.

- Palma, Gabriel, 1981, "Dependency and development: a critical overview", en Dudley Seers, ed., *Dependency theory: a critical reassessment*, Londres, Francis Pinter.
- Pinto, Aníbal, 1975, "El sistema centro-periferia 20 años después", en *Inflación: raíces estructurales*, Mexico, FCE (*Lecturas de El Trimestre Económico*, núm. 3).
- , 1975, "Heterogeneidad estructural y modelos de desarrollo reciente en América Latina", en *Inflación: raíces estructurales*, Mexico, FCE (*Lecturas de El Trimestre Económico*, núm. 3).
- , 1975, "Notas sobre desarrollo, subdesarrollo y dependencia", en *Inflación: raíces estructurales*, Mexico, FCE (*Lecturas de El Trimestre Económico*, núm. 3).
- , 1975, "Raíces estructurales de la inflación en América Latina", en *Inflación: raíces estructurales*, Mexico, FCE (*Lecturas de El Trimestre Económico*, núm. 3).
- Prebisch, Raúl, 1962, "El desarrollo económico de América Latina y algunos de sus principales problemas", en Guillermo Ramírez, ed., *Lecturas sobre desarrollo económico*, México, UNAM.
- , 1981, *Capitalismo periférico: crisis y transformación*, México, FCE.
- Quijano, Aníbal, 1968, "Dependencia y cambio social", *Revista Mexicana de Sociología* (México, IIS-UNAM), núm. 3.
- Ramírez López, Berenice P., 1990, "Las interpretaciones del desarrollo en América Latina", *Problemas del Desarrollo* (México, IIE-UNAM), núm. 82.
- Ramos, Joseph, 1991, "Equilibrios macroeconómicos y desarrollo", en Osvaldo Sunkel, comp., *El desarrollo desde dentro: un enfoque neoestructuralista para la América Latina*, México, FCE (*Lecturas de El Trimestre Económico*, núm. 71).
- Ramos, Joseph y Osvaldo Sunkel, 1991, "Hacia una síntesis neoestructuralista", en Osvaldo Sunkel, comp., *El desarrollo desde dentro: un enfoque neoestructuralista para la América Latina*, México, FCE (*Lecturas de El Trimestre Económico*, núm. 71).
- Ranis, Gustav y John C. H. Fei, 1962, "Una teoría del desarrollo económico", *El Trimestre Económico* (México, FCE), núm. 3.
- Rey, Pierre P., 1976, *Las alianzas de clases*, México, Siglo XXI.
- Rodríguez, Octavio, 1980, *La teoría del subdesarrollo de la CEPAL*, México, Siglo XXI.
- Rodwin, Lloyd y Donald A. Schön, eds., 1994, *Rethinking the development experience: essays provoked by the work of Albert O. Hirschman*, Washington, Brookings Institution.
- Ros, Jaime, 1996, "¿Tiene futuro la teoría del desarrollo?", *El Economista Mexicano* (México, Colegio Nacional de Economistas), Nueva Época, vol. 1, núm. 1 (sept.-dic.), pp. 25-38.

- Rosales, Osvaldo, 1988, "Balance y renovación en el paradigma estructuralista del desarrollo latinoamericano", *Revista de la CEPAL* (Santiago de Chile, CEPAL), núm. 34.
- Rostow, Walt W., 1970, *Las etapas del crecimiento económico*, México, FCE.
- Row, Lester C., *Corrientes peligrosas*, México, FCE, 1988.
- Roxborough, Ian, 1979, *Theories of underdevelopment*, Londres, Macmillan.
- Salama, Pierre, 1976, *El proceso de subdesarrollo*, México, Era.
- Salazar Xirinachs, José M., 1991, "El papel del Estado y del mercado en el desarrollo económico", en Osvaldo Sunkel, comp., *El desarrollo desde dentro: un enfoque neoestructuralista para la América Latina*, Mexico, FCE (*Lecturas de El Trimestre Económico*, núm. 71).
- Schiavo-Campo, Salvatore y Hans W. Singer, 1970, *Perspectives of economic development*, Boston, Houghton Mifflin.
- Schumpeter, Joseph A., 1957, *Teoría del desenvolvimiento económico*, México, FCE.
- Schurrman, Frans, 1993, *Beyond the impasse: new directions in development theory*, Londres, Zed Books.
- Seers, Dudley, 1969, "The meaning of development", *International Development Review* (Sussex), vol. 11, núm. 4.
- , 1983, *The political economy of nationalism*, Oxford, Oxford University Press.
- Sen, Amartya, 1979, *Economía del crecimiento*, México, FCE (*Lecturas de El Trimestre Económico*, núm. 28).
- Simpson, David, 1983, *The political economy of growth*, Oxford, Blackwell.
- Skousen, Mark, 1994, *La economía en tela de juicio*, Wilmington, Addison-Wesley Iberoamericana.
- Sotelo, Adrián, 1990, "Entrevista a Ruy Mauro Marini: Las perspectivas de la teoría de la dependencia en la década de los noventa", *Estudios Latinoamericanos* (México, CELA-UNAM), núm. 9.
- Stavenhagen, Rodolfo, 1975, "Siete tesis equivocadas sobre América Latina", en Ernest Feder, comp., *La lucha de clases en el campo*, México, FCE (*Lecturas de El Trimestre Económico*, núm. 14).
- Streeten, Paul, "Desarrollo: ¿qué hemos aprendido?", en Josef Pajestka y C. H. Feinstein, comps., *La pertinencia de las teorías económicas*, México, FCE, 1983 (*Lecturas de El Trimestre Económico*, núm. 52).
- Sunkel, Osvaldo, 1991, "Del desarrollo hacia dentro al desarrollo desde dentro", en Osvaldo Sunkel, comp., *El desarrollo desde dentro: un enfoque neoestructuralista para la América Latina*, Mexico, FCE (*Lecturas de El Trimestre Económico*, núm. 71).
- Sunkel, Osvaldo y Pedro Paz, 1970, *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*, México, Siglo XXI.
- Sweezy, Paul et al., 1972, *Crítica a la ciencia económica*, Buenos Aires, Periferia.

- Sweezy, Paul M., 1973, *Teoría del desarrollo capitalista*, México, FCE.
- Tavares, Ma. da Conceição, 1980, *De la sustitución de importaciones al capitalismo financiero*, México, FCE.
- Thurrow, Lester C. 1988, *Corrientes peligrosas*, México, FCE.
- Todaro, Michael P., 1981, *Economic development in the Third World*, Nueva York, Longman,
- Toye, John, 1987, *Dilemmas of development: reflections on the counter-revolution in development theory and policy*, Oxford, Blackwell.
- , 1994, “¿Hay una nueva economía política del desarrollo?”, en Christopher Colclough y James Manor, comps., *¿Estados o mercados? El neoliberalismo y el debate sobre las políticas del desarrollo*, México, FCE.
- Valier, Jacques, 1978, *El partido comunista francés y el capitalismo monopolista de Estado*, México, Era.
- Vuskovic, Pedro, 1979, “La lucha del Tercer Mundo y la aportación latinoamericana”, en Theotónio dos Santos *et al.*, *América Latina en el mundo actual*, México, El Caballito.
- Wallerstein, Immanuel, 1974, *The modern world-system*, Nueva York, Academic Press.
- , 1979, *The capitalist world economy*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Ward, Benjamin, 1983, *¿Qué le ocurre a la teoría económica?*, Madrid, Alianza.
- Warren, William, 1980, *Imperialism: pioneer of capitalism*, Londres, New Left Books.
- Wolf, Marshall, 1976, *El desarrollo esquivo*, México, FCE.